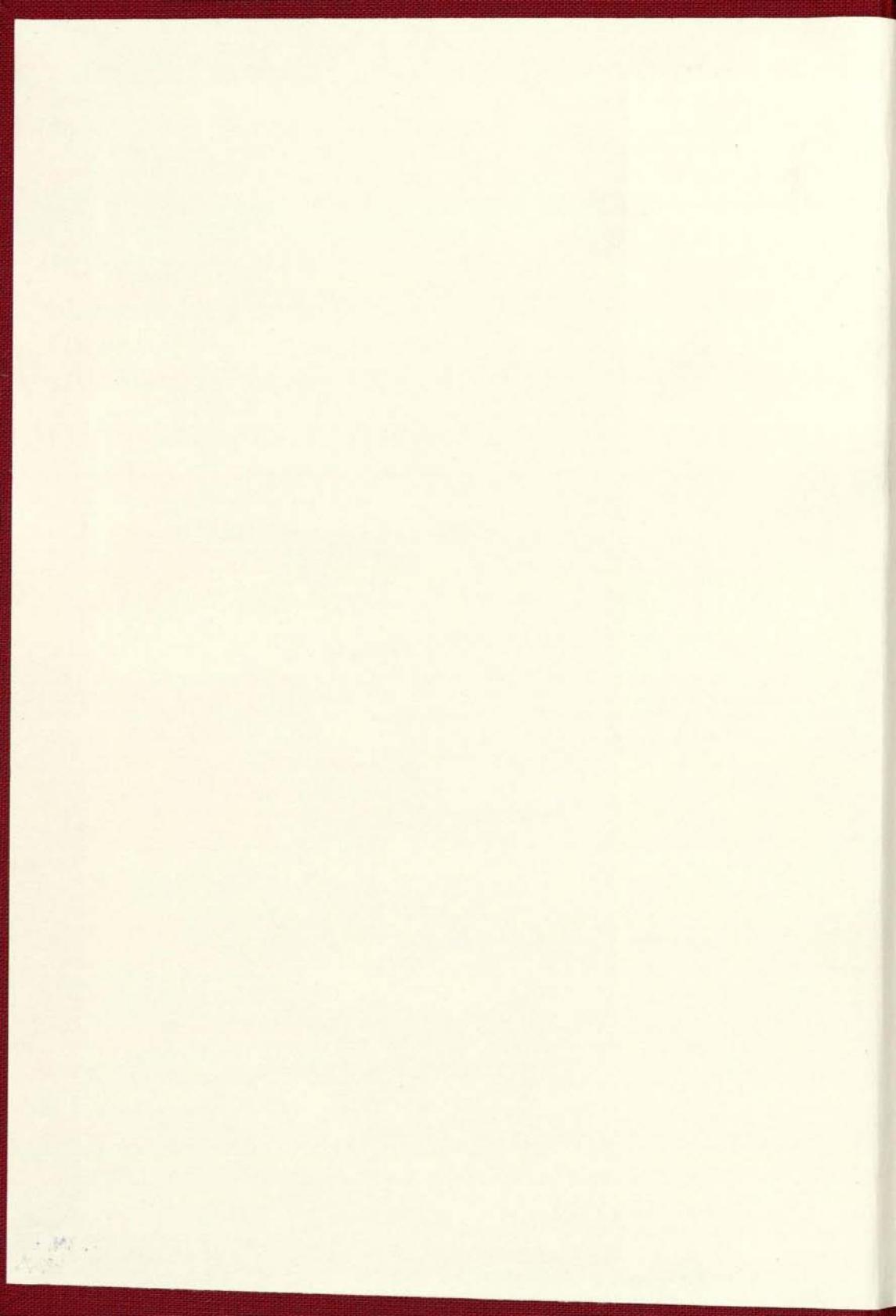


A-C.113/8

FRANCISCO DE CORTÉS









1170 45P

RELACIONES  
DE LA  
**PINTURA Y DE LA MEDICINA**

---

CONFERENCIA

*que dió en el Circulo de Bellas Artes  
en la velada del 17 de Febrero de 1894*

EL SEÑOR DOCTOR

**DON ANGEL PULIDO**

De la Real Academia de Medicina



MADRID

*E. Jaramillo, impresor, Hortaleza, 128*

**1894**



A-Caj. 443/8

<sup>12</sup>  
89827

CONFERENCIA

DEL SEÑOR DOCTOR

DON ANGEL PULIDO

X







## SEÑORES

Siempre es distinción honrosa la que hace colectividad tan ilustrada como el Círculo de Bellas Artes, cuando invita un profesor cualquiera á ocupar su cátedra, para recoger de sus labios alguna enseñanza, y por ella os declaro sinceramente mi gratitud; más he de advertiros que, habiendooos propuesto comprometer á pocos conferenciantes en este curso, debiais haber compensado lo escaso del número con lo escogido de las personas, y por este motivo no haberos acordado de mí, cuando tantas otras os brindan enseñanzas por demás interesantes y exposiciones de elocuen-

cia muy amena. Yo, que suelo rehuir el aceptar estos desempeños, présteme gustoso á serviros en lo que de mí solicitábais por boca de mi particular amigo el Secretario de este Centro Sr. Francisco, y del laureado artista D. César Alvarez Dumont, porque siento verdadero cariño á los cultivadores de las Bellas Artes, á las cuales pensé algún día consagrar mis facultades; y porque á ellas debo el goce de uno de los placeres más legítimos y puros que he saboreado con verdadera codicia en mis viajes: el goce de la emoción estética.

Cursé las clases todas de dibujo durante mi infancia en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, en compañía de otros muchos alumnos, algunos de los cuales gozan hoy de bien ganada celebridad en la pintura española; y á quienes veo y recuerdo con mucho placer, porque refrescan mi memoria con brisas de los primeros años, siempre gratas en edad madura. Y ciertamente que la desgracia da triste oportunidad á esta invocación, porque el compañero de aquellos ya lejanos tiempos, con quien yo principalmente conservaba más cariñoso trato, ha muerto poco há, y por ello vivo está aun, como quiera es dolor reciente, el sentimiento de su tan imprevista cuanto malograda pérdida. Comprenderéis que me refiero á nuestro llorado Araujo, cuya desaparición ha dejado por todas partes vacío deplorable. Dejóle en el arte español por la seriedad, la conciencia y la grande ilustración de sus producciones, lo mismo en pintura que en el agua fuerte; dejóle en esta socie-

dad porque su genio expansivo, bullidor y alegre representaba esa nota divertida y chispeante que tantas voluntades zurce, y tantos felices ratos proporciona en las colectividades donde la juventud brilla, cual aquí sucede; y dejóle entre sus amigos y sus parientes, porque las bondades de su alma generosa hacíanle querido y necesario en los goces puros del sentimiento. Recuerdo sus primeras manifestaciones artísticas, allá por los años anteriores á la Revolución, y ciertamente que ha conservado después los rasgos característicos que ya entonces mostraba. Era Araujo, cuando niño, dibujante entusiasta, pensador, ilustrado en las cosas de su arte, alegre y cordial; y estas cualidades han caracterizado, sin duda, su personalidad artística, porque ningún otro pintor ha expresado con más feliz humorismo que lo ha hecho él en sus cuadritos de género—y sirva de ejemplo el llamado «Una mala compra»,—cualquier pensamiento alegre. Ha sido correctísimo dibujante, y por demás cuidadoso y concienzudo en sus trabajos, los cuales siempre revelaban detenidas meditaciones. Quizás esta cualidad ha sido la más saliente entre todas las suyas, y hasta motivo de embarazo para su más espléndida manifestación, porque muchas veces el exceso de estudio y de análisis ata el espíritu, le crea trabas, le compromete en los deseos de una perfección que resulta inaccesible y produce verdaderos errores. Aquella máxima de un literato francés: «no forceis el talento, porque le hareis inútil», es muy exacto

consejo para la investigación científica, cuanto más para la obra artística, la cual requiere la frescura y la espontaneidad de la Naturaleza; y el bueno de Araujo, por exceso de estudio y de conciencia, se engolfaba á veces en propósitos algo raros, como el que denunciaba su cuadro de la exposición de 1887, inspirado en el canto III de la Divina Comedia, el cual mejor sirvió para extravíarle por sobra de rebuscamiento, que no para proporcionarle un triunfo con muchísimo trabajo solicitado. Perdonadme lo que pueda haber de atrevido en mi juicio, y valga sólo el cariñoso y sentido recuerdo tributado al antiguo condiscípulo, al bondadoso amigo, á quién la muerte impidió realizar grandes obras, y cuyas felices ocurrencias y alegres carcajadas deben vibrar todavía en el ambiente de estos salones, como aun resuenan en nuestra alma, jamás dispuesta á conformarse con la realidad de tan bruscas y tan inesperadas desgracias.

Aquellos cursos de dibujo que practiqué á partir de la clase de principios, donde tuve por profesor á uno bondadosísimo, llamado si mal no recuerdo, D. Francisco Torras, muerto en edad temprana, hasta terminar en la copia del desnudo, donde dibujé dos años bajo la dirección del Sr. Ribera, me sirvieron, cuando no para salir un dibujante, si al menos para conocer y estimar en lo que vale el lenguaje universal que representan la línea y el claro-oscuro, cuya importancia no estriba sólo en que dota á quien lo posee de un medio de espre-

sión elocuentísimo, que ningún otro puede reemplazar; y que habla á todo el mundo; sino que además da elegancia, fijeza y exactitud al discurso, llevando el trabajo mental á la precisión y gallardía de la idea, como lleva el trazado á la exactitud y donaire de la línea.

He dicho que debo á las artes el placer, con verdadera codicia disfrutado, de la emoción estética, y puedo asegurar más: que nada, ni la historia narrativa, ni la historia de las ciencias siquiera, me han enseñado acerca de las vicisitudes del humano destino, en los pasados siglos, tanto, tan profundamente, con pruebas tan convincentes y de tan amenísimo conocimiento, como me han enseñado las bellas artes; porque á vueltas de mucho ver y de algo estudiar, he aprendido que hablan mejor á la inteligencia y al sentimiento tres pedazos de mármol esculpidos, por ejemplo, en los siglos v (antes de Jesucristo) y x y xvi (de nuestra era), acerca de la cultura social en sus respectivas épocas, y de los ejes morales de su civilización, que pueden demostrar todas las cavilaciones y logomaquias de la filosofía. Por esto, confieso mi pecado, y advierto que si héme esforzado algo por conocer los progresos de mi ciencia, en todas partes donde el interés profesional me requería un adelanto médico, mi gusto epicúreo por el arte y mis aficiones á la historia me inducían á buscar una emoción artística. Así juntas recuerda mi memoria tanto aquellas enseñanzas que me impusieron en el desarrollo de la medicina y de

la sanidad pública, á través de los siglos, como aquellas otras más abundantes y vivas que atestiguan las vicisitudes de las artes plásticas, y sirven de confirmación á la historia de las ciencias. Y de esta suerte recuerda con singular delectación mi espíritu á las opulentas colecciones de la estatuaría clásica que guardan los museos del Vaticano y Palatino, en Roma; aquél bajo-relieve del inmortal Fidias, copia fiel de la procesión de las Panateneas, que lord Elgin arrancara al friso del Parthenon y transportara desde el cielo purísimo y radiante del Atica, al cielo ahumado y brumoso de Londres, para que sea la primera joya del mundo Británico; aquellos trozos del altar de Júpiter, de Pérgamo, que conserva á su vez el museo de antigüedades de Berlín; aquella venus de Milo, que exhibe el Museo de Louvre, en París; aquél hércules de Farnesio que ostenta el Museo Nacional de Nápoles; aquella perfectísima venus de Médicis, que se admira en la galería de *Gli Uffizzi*, en Florencia... y todas estas originales obras maestras me transportan, mejor que descripción alguna, á los esplendores de la civilización griega. Recuerda luego mi memoria las figuras románicas de nuestros santuarios mediœvales, muy principalmente los de Asturias, provincia de viejísimas riquezas arquitectónicas, nunca bastantes conocidas, y mucho menos todavía debidamente apreciadas, las cuales he procurado conocer una tras otra; los mosaicos de las primeras basílicas cristianas de Roma, los deformes engendros bizantinos de nuestros

más vetustos templos, la Catedral de Oviedo, la de Santiago y San Isidoro de León; y esto me sume con poderosa fuerza, en la meditación acerca del estado de las ciencias y de las artes durante los primeros siglos de la civilización cristiana; y recuerda, en fin, como tras aquella serie de esfuerzos y adelantos crecientes, tan prodigados por todas las poblaciones de Italia, surge el Renacimiento, y se desarrolla con todo esplendor en los siglos xv y xvi, hasta llegar á las magnificencias del sumo dibujo con Rafael, en Roma; á las magnificencias del sumo rigorismo científico, y de la valentía y movimiento en la composición, con Miguel Angel, en Florencia; á las magnificencias de la suma expresión del sentimiento con Leonardo de Vinci, en Milán; á las magnificencias de la suma ostentación en la riqueza del colorido, hasta constituir lo que Duruy llamaba canto armonioso de los colores, con Ticiano, Verones y Tintoretto en Venecia; á las magnificencias de la suma voluptuosidad plástica, en las frescuras y desnudos de la carne amorosa, palpitante, agitada por el riego de una sangre sana y pletórica, y por los estremecimientos de un espíritu feliz y sensual, con Rubens, en Flandes; á las magnificencias de la suma luz con Rembrandt, en Holanda, y á las magnificencias, en fin, de la suma realidad en el ambiente, en el colorido de la piel, en la expresión sobria y felicísima del modelado vivo, con Velázquez, en Madrid, para de esta suerte asegurar de una vez y por siempre, la posesión de la belleza plástica y

los mágicos secretos del arte, con los heroísmos de la independencia en los asuntos, y con las altezas del genio en la ejecución.

Así, pues, señores, por estimación á los que un día fueron mis condiscípulos, y por reconocimiento á un arte que tan sentidos y serios placeres me ha proporcionado, acepté el compromiso de esta conferencia, en la cual entraremos al punto.

Primera y fundamental duda mía: ¿De qué hablaros? ¿Cuáles motivos de las bellas artes había de escoger, yo que no soy artista, para de él hablaros, á vosotros que lo sois tanto? Jamás quiero olvidar yo en mis públicas manifestaciones, que soy médico; jamás quiero intrusarme, con censurable ligereza, en campos desconocidos; yo no quería, en fin, que recordando vosotros las conocidas frases de vuestro predecesor Apeles al crítico de su obra, cuando le advertía. «Zapatero, á tus zapatos», tuvierais que llamarme á terreno de discreción, diciéndome «Médico, á tu medicina»; y por esto he procurado encontrar en mi ciencia y en mi profesión, algo que con la vuestra se relacione; y en tal propósito ya os diré, que bastóme poca meditación para tropezar con sendas comunicaciones, las cuales os demostrarán una vez más verdad en extremo sabida, y es: como todas las grandes manifestaciones de la vida intelectual tienen, cuándo visibles, cuándo misteriosas, importantes relaciones que atestiguan las correlativas dependencias que hacen de la creación un todo armónico.

A poco que sobre la Medicina y la Pintura me-

ditemos se advierten muy interesantes casos. Hay seguramente muchos más de los que yo presento, y hasta más transcendentales; pero como no hemos de explicar un curso acerca del particular, ni se debe pedir á los oradores otras predicaciones que las permitidas á sus alcances, he de contraerme á exponeros algunas, las cuales servirán de muestra para que muy pronto vuestro superior discurso deduzca otras más elevadas.

Os diré, en primer término, cómo la Medicina y la Pintura han corrido idéntico destino en su historia, al extremo de haber sido compañeras en la prosperidad y en la desgracia; os diré luego cómo recibiendo la Pintura una influencia positiva de todos, absolutamente de todos los grandes elementos de la vida social, en el periodo histórico en que vive, ha recibido por ello de la Medicina, factor social siempre importantísimo, una influencia que se ha manifestado en grado considerable: de una parte, en el desarrollo técnico de la Pintura, en su constitución íntima, en los recursos orgánicos, por decirlo así, de su existencia; y de otra parte, en sus elementos de expresión, en su esfera puramente representativa ó inspiratriz. Y os probaré luego cómo, de su parte, ha recibido la Medicina de la Pintura, y recibe más cada día, un auxilio técnico y progresivo que favorece muchísimo su desarrollo y su propaganda.

He aquí los tres puntos que me propongo tan solo esbozar en mi conferencia, ya que el desarrollarlos cumplidamente exigiría un tiempo



del que no podemos, ni fuera cuerdo, disponer.

Me será muy fácil demostrar que la Medicina y la Pintura han sido hermanas en la prosperidad y en la desgracia, tan solo con recordaros que, aun cuando la una tiene por fundamental ministerio cultivar la salud del hombre y la otra su belleza, son las dos ciencia y arte (pues hemos de advertir que una y otra participan de ambas naturalezas, porque tienen mucho de científico en las leyes fundamentales de su existencia, y tienen mucho de artístico en su realización) que exigen el conocimiento libre, sin trabas, del hombre en plena naturaleza; estudiar su estructura carnal, su configuración, sus pasiones, las influencias que sobre él ejerce su medio ambiente; estudiar sus relaciones con esos mil estímulos á que la creación entera le somete, para que deduzca la Medicina lo que tiene de sano, y para que deduzca la Pintura lo que tiene de bello: he aquí un fundamento de su existencia, que sólo ha podido prosperar en aquellas civilizaciones cuyo eje moral lo ha consentido.

Pues bien; entresacando la esencia de las civilizaciones históricas, deducimos que han sido dos opuestas las que han regido siempre el mundo, subordinadas á la doble condición de que el hombre se siente y considera dotado: una fundamentalmente terrena, orgánica, y, por natural consecuencia, sensual; y otra esencialmente idealista, espiritual, y, por natural consecuencia, teológica. Cuando esta ha prevalecido, y el hombre creyó que todo había de quedar supeditado á una reve-

lación divina, y toda misión social confiada á un sacerdote, la Medicina como la Pintura han resultado artes profanas, y han padecido la opresión, la clausura, la pesadumbre de una esclavitud mortal; por el contrario, cuando se han ejercido con entera libertad, á la sombra de una civilización terrena, mundana, que ha estimado al hombre como un ser de la naturaleza cuyas relaciones interesa conocer y mejorar, ambas han crecido y se han desarrollado como árboles criados en frondosa selva. Platon ha dicho del arte que «es un ave de los bosques que odia la jaula y no puede vivir más que en plena libertad», y esto que un gran filósofo dijo del arte, puede aplicarse lo mismo á la Medicina, como á todas las ciencias.

Echemos una mirada á la historia, y vereis cuan expresivas resultan sus enseñanzas; advirtiéndoos que no temais pueda herir sentimientos religiosos en forma alguna, pues gusto yo muy poco de tamañas inconveniencias, y no entra jamás en mi práctica dirigir las corrientes de mi pobre discurso por estos cauces.

Muy sabido es que de los grandes imperios asiáticos, y en grado principal Egipto y Caldea, eminentemente sacerdotales, heredó Grecia las bellas artes en un estado atrasadísimo; pero esa raza helena, tan hermosa cuanto inteligente, que había de concebir su vida y basar su civilización en la medida más justa, en la proporción más exquisita, en la mayor armonía del conjunto, estudia como ninguna otra lo había hecho, al hombre en

sus relaciones naturales, y crea un ambiente de libertad y de cultura que origina un florecimiento prodigioso de todas las bellas artes y de todas las ciencias. Así vemos cómo en una especie de concurrencia mágica, todas las irradiaciones de la inteligencia humana se esfuerzan por brillar y sobresalir, hasta formar uno de los concertantes más grandiosos y sublimes que registrará siempre la historia de la humanidad. La filosofía, la más elevada concepción del pensamiento, produce en torno de las dos grandes corrientes que sintetizan las aspiraciones humanas, ese plantel variadísimo de escuelas y filósofos que Diógenes Laercio presenta en su historia, á partir de Tales, hasta concluir en Epicuro; Esquilo, Sófocles y Eurípides estudian en sus dramas y tragedias las pasiones y crean la poesía dramática; Herodoto y Tucídides dan nacimiento á los hermosos cauces de la historia de los pueblos; Aristófanes regocija al mundo con la comedia; Anacreonte y Teócrito llevan á las letras las fragancias, dulzuras y bellezas del campo; Píndaro immortaliza con sus estrofas las fiestas olímpicas y los vencedores en los pugilatos de la hermosura y de la agilidad; la arquitectura inventa sus órdenes clásicos famosos, concibe el templo más armonizado por las bellezas del cielo y del suelo, y produce, por el genio de Ictinos, el Partenon, que es el más hermoso templo dórico, y por el genio de Mnesicles los Propileos que al anterior conducen; la escultura adquiere un carácter suntuario, majestuoso y una perfección ya nunca superada<sup>s</sup>,

para que Fidias, Praxiteles y Policletes produzcan obras maestras que hoy asombran nuestro espíritu; la pintura desarrolla el dibujo, las proporciones y el movimiento bajo la inspiración de maestros como Apeles; la música dirige, con su armonía y sus cantos, el sentimiento de la raza entera, y lleva sus delicadezas, no ya á los sutilísimos estudios psicológicos acerca de los modos musicales dórico, jónico y frigio, como hicieran Platón y Aristóteles en sus escritos sublimes, sino hasta la hermosa concepción de la escuela pitagórica, cuando deseaba oír la armonía que produjese el concierto de las esferas resonando en lo infinito del espacio, y hasta á la severidad de Damon, cuando decía que no era posible cambiar los modos musicales conocidos sin que se resintieran las bases de la moral y las leyes de la República... Y entre este florecimiento deslumbrador de las letras y las artes, también las ciencias reciben impulsos vigorosos y fecundísimos; y se ve á Hiparco dirigir su mirada á los espacios para catalogar las estrellas del firmamento; á Erasthotenes tender su vista por la tierra para medir las dimensiones del Globo; á Arquímedes penetrar en los secretos del agua para establecer las leyes de la mecánica y de la hidrostática; á Euclides y Apolonio que perfeccionan las matemáticas... y al par de tanta seductora magnificencia, á Hipócrates que arranca la medicina de los templos para entregarla á los libres desarrollos de la observación láica, y á Herofilo que disecciona el cuerpo humano

para comenzar la investigación de los secretos anatómicos.

De esta suerte, señores, Bellas Artes y Medicina prosperaron de una manera sorprendente y coetánea, á la sombra de aquella civilización que armonizaba como expresión de una misma esencia lo bello, lo bueno y lo verdadero: «La virtud es la belleza moral», decía Isócrates; «lo bello es el reflejo de lo bueno», decía á su vez Platón; *Mens sana in corpore sano*, es decir, «alma buena, en cuerpo hermoso», decía á voz en grito la raza entera, dando así la fórmula más completa de ese equilibrio que persiguen la higiene y las bellas artes.

Muere de muerte natural, por sus propias enfermedades, la civilización heleno-romana, y con el triunfo del cristianismo se cambian los polos morales del mundo. El ascetismo reemplaza á la sensualidad. Precisa odiar como enemigo de terrible perdición al cuerpo nuestro y combatir sus gustos, sus placeres, sus apetitos; hay que castigar la carne; hay que perseguir la belleza material; hay que abandonarlo todo para merecer la bienaventuranza de la gloria; se imponen la oración, la penitencia, el ayuno, la depuración del espíritu por medio del sufrimiento continuo, la santificación de la pobreza. En el paganismo había la obsesión de la vida desenvuelta entre los encantos de la naturaleza; en el cristianismo, la obsesión de la muerte y de sus apocalípticos terrores; aquel hombre libre, amante de lo bello, de la

creación, de las proporciones armónicas, huye como un condenado de los intercolumnios del Parthenon, donde su vista y espíritu saltaban desde las columnas de mármol pentélico, rubias como las espigas maduras, hasta las olas del mar Egeo, cuyos rumores dulcísimos acompañan los coros de todo un pueblo, y cuyas ondas de fuerte azul reflejan las islas de sonrosados matices, y se precipita á refugiarse en los monasterios que pueblan los valles de la Tebaida y la orillas del Mar Muerto, cuyas ondas confunden ya sus tristes cadencias con las plegarias y los psalmos que á todas horas rezan los monjes acongojados. Así, como pecadora arrepentida, cambia la Humanidad sus preocupaciones; el sermón de la Montaña, el drama terrible del Juicio final, la condenación por toda una eternidad sin treguas ni redenciones, la necesidad de perder todo lo de aquí para adquirir todo lo de allá: «Quién ama á su padre y á su madre más que á mí, no es digno de mí». «Quién no coje su Cruz y me sigue, no es digno de mí», dice Jesucristo; «Poned vuestro cariño en las cosas de arriba y no en las de la tierra», dice San Pablo... y éstas, con otras predicaciones semejantes de los evangelizadores, crean un nuevo orden de cosas, de necesidades, de gustos y de funciones de la vida social, cuyas consecuencias sufrieron por igual la Medicina y las Bellas Artes; pues si para ver hasta qué grado extremo decayó la arquitectura; basta contemplar las primeras basílicas cristianas, y para ver hasta qué grado extremo decayó



la escultura, basta decir que durante muchos siglos no se hicieron mas estatuas que las yacentes, destinadas á servir de losas tumbales; y para ver hasta qué grado extremo decayeron dibujo y pintura, basta reparar en esas monstruosas creaciones que guardan los templos: figuras de cabeza desmesurada, de ojos muy grandes y escleróticas muy blancas, como para expresar un continuo espanto, de esqueleto muy raquítrico, de piel muy lacia, sin músculos, con las manos de tan monstruosa longitud y deformidad, que creyéranse formadas para mantenerlas en una eterna súplica, de pies grandes, como para no sentarse jamás, y todas cual condenadas á una degeneración y envilecimiento bíblicos; ¡ah! para conocer así mismo hasta qué grado extremo decayó la Medicina, basta saber que reyes y papas, alarmadísimos ante la corrupción, la ignorancia, los extragos y crímenes que cometían los curanderos, ya religiosos, ya láicos, en cuyas manos estaba la más difícil y la más delicada de todas las ciencias, hubieron de tomar disposiciones severísimas para contener tantísimo daño.

Como las leyes de la vida son muy parecidas en las ciencias y las artes, lo son también las de su decadencia y muerte; y vióse entonces fenómeno en tal concepto curioso, no solo porque ambas ramas padecían de idéntico mal sino porque éste se desarrollaba por igual procedimiento, es á saber: el abandono de la naturaleza; pues así como los artistas, vueltos de espaldas á la realidad, dejaron

de estudiar el desnudo; y sucedióles que, de copia en copia, perdieron hasta la noción de la figura humana, alma de la pintura, como dijo Bienvenido Cellini; así también porque dejaron los médicos de estudiar la clínica, entregados á la glosa servil de Galeno y Avicena, de copia en copia llegaron á desconocer lo que era el enfermo; y debido á esta sola causa, como había decaído por entero el sentimiento artístico que cincelara la venus famosa de Cnido, decayó también el sentimiento de la ciencia que un día engendraron las escuelas de Cos y de Alejandría; y sucedió que ambas ramas padecieron igual mísera suerte.

Cuidaré mucho de no afirmar si el hombre, en sus grandes destinos al través de los tiempos, perdió ó ganó con la austeridad religiosa, y con la persecución contra todo lo sensual, habidas en los siglos medioevales; porque voy aprendiendo con los años como los grandes sucesos de la historia se juzgan muy mal cuando no se relacionan con todos los hechos de la Humanidad; sólo sí diré que, por la fatalidad de la vida misma, la religión perdió su intransigente austeridad de los primeros tiempos; se fué transformando; se hizo más mundana, más ostentosa y artística, hasta llegar al extremo de que la evangélica pobreza de los primeros siglos, y el desprecio á los intereses mundanos que indujeron á Teodosio á destruir el famoso templo de Serapis, donde se encerraban los instrumentos que usaron Erasthotenes para estudiar el tamaño de la tierra, y Kinocharis

para conocer el movimiento del planeta Venus; y á Gregorio el Grande lo llevaron al extremo de arrojar los matemáticos de Roma y quemar la biblioteca que Augusto había fundado en el Monte Palatino, se cambiaron en aquella Roma de Julio II y León X, Atenas de los artistas, y en aquella opulencia que hacía arrancar de Carrara montañas de mármoles, y transportarlos á Roma para que el genio de Miguel Angel labrara una población de estatuas, con destino á la tumba de un papa; y diré cómo por virtud de esta natural y lenta transformación, al mosaico deforme, sucedieron las grandes composiciones al fresco; que Cimabüe, en el siglo XIII, dejó ya de atenerse á las tradicionales copias, para tomar las inspiraciones del natural mismo, cuyas líneas, vida y movimiento embellecieron las representaciones que hacía de los pasajes de las sagradas escrituras; que á Cimabüe sucedió el Giotto, quién y sus discípulos llenaron la Italia, desde la capilla Arena, de Padua, en el Norte, hasta el convento de Santa Clara, en Nápoles, por el Sur, de un nuevo mundo de figuras, y que se inició, en fin, por el genio y la independencia de estos maestros, esa resurrección espléndida y gloriosa del pensamiento humano que se llama el Renacimiento.

No hay por qué presentar aquí época tan sublime y seductora; básteme decir para demostraros la parecida suerte que han tenido siempre Bellas Artes y Medicina que por iguales procedimientos conquistaron su reposición como por iguales proce-

dimientos habían degenerado. De igual modo que los artistas convirtieron su estudio á las recién descubiertas obras de la estatuaria antigua y fueron cultivadores de la Naturaleza, siempre hermosa y sincera, y de igual modo que los religiosos se aplicaron á estudiar hebreo para conocer en sus orígenes la Biblia, así también los médicos procuraron conocer el griego para consultar en su lengua original las obras asclepiadeas y alejandrinas, y acudieron al cadáver para conocer en su más pura información el cuerpo humano; camino acertado y fecundo que si llevó los artistas al descubrimiento de la pintura al óleo, la cual había de abrir nuevos horizontes al genio artístico, y llevó los religiosos á la predicación de la reforma, la cual había de descubrir nnevos horizontes á la conciencia humana, también llevó los médicos al descubrimiento de la circulación, el más grande y el más fecundo quizás de los descubrimientos en Medicina y en Biología.

Queda, por tanto, demostrado que la línea característica del progreso, en Medicina y en Bellas Artes, es semejante y coetánea, y obedece á las mismas fundamentales leyes; pero avanzando más en nuestro estudio veremos cómo, además de este común destino, se han relacionado por otras muchas influencias dignas de exposición.

Señores, difícilmente se encontrará en los conocimientos humanos arte que reciba más general influencia que la Pintura: un cuadro representa un estado especial del sentimiento de su autor en



un momento histórico de su vida; todos los cuadros de un pintor representan el temperamento artístico que le ha caracterizado en su existencia, y las transformaciones que el medio ambiente ha podido en ella ocasionar; la serie de cuadros nacidos de todos los temperamentos artísticos de un país tiene una porción de rasgos comunes y atributos de expresión que marcan influencias generales suficientes para caracterizar una escuela; y todas las escuelas de un periodo histórico, revelan, con grande elocuencia, las líneas más características de aquella civilización; la pintura es, por consiguiente, como un núcleo de concentración de ideas y motivos, un foco donde se recogen las inspiraciones ocurridas de todos lados, y si la estudiamos bien, observaremos al punto cómo ella da cuenta honrada y expresiva de todos, absolutamente todos los factores que han cooperado á su existencia, en proporción á la importancia que estos mismos factores han tenido; allí están sus componentes concurriendo al general conjunto, como en un matiz están todos los colores que, en proporciones más ó menos grandes, han servido para formar la pasta.

Esta idea que ha desarrollado Taine de una manera brillantísima en sus lecciones sobre la filosofía del arte, entraña la interesante correlación de los productos que se observa en todas las manifestaciones de la naturaleza, ó en todos los engendros de la vida; y aunque sería fácil demostrarla con otras infinitas referencias, tienen la Pintura

y la Escultura, en sus numerosísimas escuelas, ejemplos interesantes de los cuales echar mano, y por ello me permitiréis que, para mejor razonar mi tesis y demostraros una ley biológica de las bellas artes, traiga á cuento uno cualquiera, que muy bien puede ser el de la escuela holandesa.

Aunque en rigor de verdad, muy cierto es que esto de la calificación de escuelas, recuerda algo el cuento de las monteras, pues las hay de todos tamaños, grandes y chicas; y ya, no cada nación, sino hasta cada comarca y cada ciudad, pretenden tener la suya, sin embargo, creo de toda justicia reconocer que la escuela holandesa es, frente á la escuela italiana, de lo más caracterizado y definido que existe en Pintura, y que en ella se razonan perfectamente, por las circunstancias del país, por las condiciones de sus habitantes y por las influencias sociales, los rasgos característicos de su color, de su factura y de sus motivos ó temas de composición.

La Holanda es un estado pequeño, situado en la porción central del O. de Europa, el cual constituye con Bélgica los llamados Países Bajos, porque, efectivamente, su terreno llano lo forman aluviones ó arrastres de tierras, procedentes de los depósitos que los grandes ríos dejan en su desembocadura. En tiempos de las invasiones romanas en la Germania, formaba su suelo, según cuentan historiadores de la época, una pantanosa selva, la cual se podía recorrer de árbol en árbol,

sin pisar la tierra, y lo primero que al viajero sorprende apenas conoce su constitución geológica, es el esfuerzo humano incalculable que representa la conquista que de aquel territorio han hecho sus naturales á las aguas. Este es el elemento que allí predomina; no se ve montaña alguna, por do quiera la vista descubre sólo vastísima llanura, cruzada por ríos y canales, costeadas por golfos, lagos y mares pequeños. Se puede trazar con pocos, y siempre idénticos rasgos, la característica del paisaje holandés: praderas dilatadas y vestidas de un verde frondoso; filas de árboles que las limitan; canales que las surcan en muy encontradas direcciones; molinos en abundancia; vacadas numerosas y de bella raza que pastan con seductora mansedumbre; poblaciones en el horizonte, que tienen las casas construídas con ladrillos rojos y barnizados para defenderse de las lluvias pertinaces, las techumbres en planos inclinados para descargarse del peso de las nieves, y los elevados torreones ó beffroys destinados á servir de asiento á campanarios de melodiosas tocatas. Completan este panorama un cielo gris, siempre cubierto con densas nubes ó neblinas, ó con el rayado de las lluvias en aguacero, y una luz dulce, suave, melancólica, que desvanece las líneas, pero hace resaltar en gratos contrastes el tono fuerte de las masas coloreadas.

Con ser el agua el más implacable enemigo de Holanda, por las asoladoras inundaciones que á menudo causa, es también su principal elemen-

to de prosperidad pública; la más hermosa y principal riqueza de sus campiñas son los prados; la más estimada y célebre riqueza de sus praderas, el ganado vacuno; la primera de sus producciones la leche, y sus derivados, el queso, la manteca...; y por esta correlación sucede que en un clima húmedo, templado, bajo un cielo gris, ante llanuras de eterno verdor y con la alimentación sana y sedante de carnes y leches exquisitas, y la sostenida laboriosidad que imponen las amenazas del mar y las exigencias de tradicional industria, se desarrolla una población flemática, carnosa, peli-rubia, de hábitos trabajadores, de virtudes domésticas, de sentimientos plácidos, y de costumbres serenas y reposadas.

A poco de permanecer en su compañía ya se advierten los rasgos principales de su carácter, y la preferencia justificada de sus gustos y de sus afectos: aman el agua porque es inseparable compañera, y ante sus ojos la tienen de continuo en el mar, en los ríos, en los canales y en el espacio; aman las praderas, porque embellecen sus comarcas y avaloran la tierra; aman los ganados, porque son sus dóciles y productivos compañeros en las luchas de la vida; aman la navegación, porque les relaciona con el mundo entero y amplía su modesta patria; aman las industrias, porque les han formado en el trabajo y en la riqueza; aman su pequeño suelo, porque á mucha costa lo disputaron á las invasiones de los ejércitos en sus cruentas guerras, y lo disputaron á las invasiones de las



aguas en los dramáticos desbordamientos del mar; aman su libertad de cultos, porque costóles mucha sangre y desdichas arrancarla á la intolerancia y al fanatismo religioso de Felipe II; aman su hogar, sus diversiones honestas y sencillas, sus comidas campestres, porque entrañan los principales encantos de la existencia; aman la limpieza, la extremada pulcritud, porque sin ella sería país mortífero, país tan húmedo... Y siendo tales las influencias principales de su vida, son también las que determinan las líneas características de su escuela pictórica. Por esto sus asuntos son: los paisajes plácidos, serenos y melancólicos, de aguas durmientes y selvas poéticas, elevados por Ruysdael, el primer paisajista de la pintura, á una perfección indecible; las vacas, los rebaños, los pastos, los animales domésticos, engrandecidos por Potter con sus creaciones verdaderamente ideales, sin rival en otra escuela alguna; el mar, los ríos, sus puertos animadísimos, sus batallas navales, sus escuadras... brillantemente perpetuados por Van de Velde y Backuysen; los gremios, los burgomaestres, las milicias, que inspiraron á Rembrandt su admirable y genial «Ronda de Noche»; los interiores domésticos y las cocinas, convertidas por Kalf en tiernos idilios; y cuando de los asuntos se pasa á la mancha, se aprecia aquel sentimiento colorista exquisito, aquel esmero de tonos contrastados, aquella riqueza y dulzura de la pasta que indujo á Taine á comparar el sentido colorista de los holandeses con el de los venecianos, que

llevó á Edgar Quinet á suponer como razón de esta magia del colorido, que corre desde la palidez ascética de Lucas de Leyden al resplandor fulgurante de Rembrandt, la vida, en parte europea, y en parte oriental, que tiene Holanda por sus numerosas colonias asiáticas, por el cielo ardiente de Java, y á la cual debió quizás el último de los maestros dichos ser el más eximio autor del llamado drama entre la luz y la sombra; y si del color pasamos á la factura, á la ejecución, advertiremos su escrupulosa conciencia artística, su minucioso estudio, su resolución perfecta de la línea y del claro oscuro, que sirvieron para trasladar al lienzo, no solo la copia de lo que veía el ojo, sino de lo que realmente existía hasta en sus más imperceptibles detalles; minuciosidad asombrosa, incomprendible, inagotable, obra que acredita la paciencia germana, y que atestigua cualidad de raza, ya que la escuela alemana tuvo así mismo en semejante factura sorprendentes maestros, como aquel Denner que trabajaba los retratos con lente, tardaba cuatro años en hacer una cabeza y copiaba los surcos de la piel, vetas, granulaciones, folículos, ramificaciones vasculares, reflejos de las córneas y demás minucias hasta un grado inverosímil, del cual ni siquiera pueden bastar á formarnos idea esas afligranadas tablas de Marinus y Van Eych, que posee nuestro Museo Nacional de Pintura.

Por todo lo dicho, compréndese al punto cómo ver los Museos de Holanda, principalmente del Haya y Amsterdam, y examinar las colecciones

de cuadros de la escuela holandesa, conservados en los demás Museos de Europa, es conocer por entero la vida, los sentimientos, las costumbres de este simpático pueblo, cuya grandeza moral é histórica contrasta con su pequeñez geográfica; y convence al instante de que la pléyade asombrosa de grandes artistas que florecieron desde Halz, á fines del siglo xvi (1584), hasta Van Huysum, á fines del siglo xvii, comprendiendo la época brillante y poderosa de este pueblo, no sólo inmortalizó en tablas y lienzos los sucesos y personajes de su patria, sino que dejó la prueba más elocuente conocida, de que si hay alguna arte de inspiración verdaderamente universal, es sin duda el arte de la Pintura.

Y siendo esta tan profunda verdad, ¿qué ofrece de extraño que la Medicina haya también aportado su concurso y haya ejercido alguna influencia en su desarrollo? He dicho que ha sido doble: una sustancial, constitutiva, de evolución ó formación técnica, y otra puramente formal ó expresiva; y de ambas deseo mostraros algún ejemplo.

La influencia técnica más interesante y transcendental de todas, ha sido la anatomía, cuya importancia es por vosotros tan reconocida que constituye una enseñanza especial en la serie académica de vuestros estudios.

No precisa advertir, por ser muy sabida cosa, que la anatomía pictórica y la anatomía descriptiva, que al médico interesa, son muy diferentes, aun cuando la materia del estudio recaiga por igual en

la estructura del cuerpo humano; pero no obstante así sea, también es muy cierto, que hubo necesidad de que la Medicina realizara el progreso de poder levantar la piel y asomarse, sin responsabilidad, al misterioso mecanismo del cuerpo humano, para que al propio tiempo que el médico lo hacía con un fin puramente curativo, se pusiera á su lado el pintor y examinara ese mismo campo de maravillas, siquiera lo hiciese con un fin puramente estético. Muy convencido estoy de que quien desee ser artista concienzudo, correcto y verdaderamente psicológico, necesita conocer la anatomía en sus grandes masas óseas y musculares. Imposible de todo punto creo remontarse á las alturas de los genios de la Pintura, sin tener conciencia de la razón orgánica que preside á lo que constituye el fundamento de su arte: las líneas y los relieves del desnudo. Como los grandes maestros, antes de pintar un cuadro, solían estudiar sus figuras en el desnudo, para mejor expresar luego la verdad de sus movimientos, de igual modo todo pintor ilustrado antes de pintar un desnudo debe, con su pensamiento, dibujarlo anatómicamente, en los relieves del juego muscular y en la armazón ósea de sus articulaciones, único modo de reproducir á conciencia las delicadas masas y elegantes curvas del cuerpo humano, con la mecánica prodigiosa de sus movimientos.

Para el pintor, como para el escultor, como para todo artista que reproduzca plásticamente la belleza del cuerpo humano, la piel es sólo una capa

de pudorosa vestidura que interviene muy poco en la forma: los huesos y los músculos son los órganos encargados de constituir el modelado, el relieve, la forma, la masa entera. Sin conocer el esqueleto no podreis comprender las articulaciones, y sin conocer los músculos no podreis comprender el relieve.

Pero, no es sólo el músculo fuente de belleza plástica, es además el órgano de expresión del alma. Desde los más violentos y arrebatados esfuerzos de la lucha, que ponen en juego las vastas regiones del cuerpo, hasta las más delicadas expresiones del rostro, que significan con inefable dulzura las tiernísimas emociones del espíritu, cuánto nuestro ser siente, lo hace externo, ó expresa, con auxilio de los músculos: nada, absolutamente nada se escapa á este principio general; á tal grado que alma y músculo forman dos porciones obligadas de un todo, constituyendo cadena de tan fatales relaciones, que la actividad de una parte supone la de la otra. Como tiene la inteligencia su fraseología para expresar cada idea con una palabra, tiene el alma sus músculos, ó grupos musculares, para expresar cada sentimiento con una contracción. La risa, el llanto, el rubor que enciende la mejilla de la virgen al oír una frase de amor, el espasmo que palidece el rostro del criminal al realizar un atentado, el fruncimiento de la frente que revela las grandes tempestades del sentimiento ó las profundas abstracciones de la meditación... son, como los grandes esfuerzos de la

defensa, como las aparatosas actitudes del cuerpo, como sus más teatrales ademanes, revelaciones musculares de la vida psicológica. Por eso la naturaleza subordinó en cada región masa y número de los músculos con arreglo á sus especiales funciones: la expresión maravillosa del rostro tiene su origen en el crecidísimo número de músculos finos que hay entre piel y hueso; la rica articulación de la palabra se debe á que la lengua es como piña sorprendente de incontables y sutiles bandas musculares; y la prodigiosa flexibilidad de expresión que tiene el timbre humano, efecto es del mágico aparato muscular que encierra la estructura laríngea: de aquí la fatalidad de esa relación, y de aquí también que no sople en el inmenso océano de nuestra alma la más leve brisa, cuanto menos una bravía tempestad, sin que al punto lo denuncien, aun contra su propia voluntad, los músculos correspondientes por medio de sus contracciones, siempre honradas y expresivas; y viceversa, imposible es que un grupo de músculos se ponga en juego, sin que sienta el alma aviso de aquella indicación: la exactitud fisiológica de este enunciado lo demuestran, con muy curiosas pruebas, esos fenómenos llamados de *cumberlandismo* y de *hipnotismo*, que, supongo, todos conocéis.

Si uno de los progresos más sólidos en las Bellas Artes, si uno de los más fundamentales adelantos, fué la convicción adquirida por los artistas del siglo xiv, de que el cuerpo humano era, no una

obra fea, despreciable de la naturaleza, sino una divina creación, una maravilla sublime, un venero de sorpresas encantadoras y de combinaciones y mecanismos admirables, nadie conoce esto tan perfectamente como el anatómico, y de ello se penetraron mejor que nadie los grandes maestros del Renacimiento: por ejemplo, Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Alberto Durero, Cellini, Poussin, Ticiano... y otros muchos, quienes se dedicaron con grande afán al estudio de la disección, inaugurada en Italia en el siglo xiv por el profesor médico Mondini de la escuela de Bolonia. Observareis una relación curiosa, y es que los más esclarecidos nombres de los que he citado corresponden á celebridades que tenían un rasgo común, el cual demostraba la grandeza de su cerebro artístico, y parecía que entrañaba en ellos el genio puro del arte; y era que expresaban la belleza de igual brillante modo con variadas manifestaciones, por cuanto eran pintores, escultores, arquitectos, ingenieros y literatos; y así cincelaban una estatua, como pintaban un cuadro, como planeaban un templo, como dirigían un fuerte, ó escribían una obra, ya didáctica, ya literaria.

Leonardo de Vinci en su magnífico *Tratado de la Pintura*, se anticipa á psicólogos y fisiólogos de nuestra época, como Heriberto Spencer, Darwin, Mosso... y otros, haciendo atinadas consideraciones acerca del juego muscular en la expresión de la fisonomía, y afirmando cómo es imposible que se mueva el cuerpo si una parte de los múscu-

los no se relaja cuando sus antagonistas están en acción, y, por consiguiente, cómo dejan de aparecer y de verse los que están en reposo á medida se descubren más los que tiran. Vasari dice compuso un tratado de anatomía; y es notorio que estudió en Pavía con un profesor genovés, Marco Antonio de la Torre; mientras el médico disecaba, Leonardo dibujaba al lápiz rojo y redactaba las observaciones que le hacía. Miguel Angel eleva el estudio de la anatomía, de los escorzos, de la robustez y acierto en el trazado de las protuberancias carnosas á un grado admirable; la belleza varonil y la contestura atlética obtienen de su lápiz y de su cincel las más grandiosas representaciones; y frente á la raquítica y degenerada raza humana de los siglos mediœvales, desprecio del rey de la creación, engendra la más vigorosa concepción del hombre sano y fuerte: la arquitectura monumental de la criatura humana. Alberto Durero dedica una obra escrita en cuatro libros á las proporciones del cuerpo humano, y discurre prolijamente acerca de si la belleza suma radica en que el cuerpo tenga la altura de ocho ó de nueve cabezas.

La grandeza que esta educación anatómica dió á las composiciones de muchas figuras es de todos conocida. En Miguel Angel y Leonardo de Vinci especialmente, los dos genios más deslumbradores del Renacimiento, tuvo un colmo de revelación, que provocó el asombro de los contemporáneos: fué en la competencia que realizaron para pintar



la gran sala del consejo del palacio de la Señoría de Florencia. Es celebérrima en la historia de las Bellas Artes esta emulación. La Señoría dicha comprometió ambos maestros á que cada cual pintase uno de los lados de la sala, y Leonardo escogió como asunto la batalla de Anghiari, ganada en 1440 á los milaneses por la República florentina. Pensando en la ciencia del desnudo que, cual nadie, poseía su rival, dibujó primero los grupos de su composición anatómicamente, revistiendo después los cuerpos con trajes y armaduras: era su obra un portento de grupos, á pie y á caballo, del cual noble bruto tenía Leonardo hecho un profundo estudio, como que publicó una obra acerca de su anatomía. El cuadro era una maravilla de movimiento, animación, estrépito furioso de batalla, de combatientes que se muerden y se despedazan, lanzando imprecaciones y gemidos.

De su parte, Miguel Angel escogió por asunto un episodio de los florentinos contra los pisanos; los soldados de la república se bañan en el Arno con todo descuido; de pronto se oye el clarín de alarma, como si los enemigos hubieran comenzado el ataque, y aquéllos salen del río á escape, unos se visten de prisa, otros toman sus armas, éstos de pie, aquéllos arrodillados... reacciona contra la sorpresa una hermosa algarabía y confusa revolución de figuras desnudas, donde la opulencia anatómica, los escorzos difíciles, tocan en la cima de lo grandioso y de lo bello en el desnudo; porque, según dicen con razón Carlos Blanc y

Pablo Mantz, aquellas figuras bañándose en el Arno parecen dioses del Olimpo bañándose en el Ilisos. Con esta competencia sucedió que la generación más inteligente y artística que el mundo ha tenido en Pintura, la de los comienzos del siglo xvi, pudo presenciar la obra maestra de los dos genios mayores del arte. Sus cartones fueron durante muchos años los modelos que estudiaban cuantos pretendían formarse en la Pintura, y el mismo Rafael pasó á Florencia acompañado de Pinturicchio, dejando Siena, donde pintaba la sacristía de la catedral, para ver este prodigio que resultaba ser como la expresión más elocuente de lo que influía en el desarrollo del arte una buena educación anatómica.

Como contribuyó la anatomía al gran desarrollo del dibujo y de la composición, al desarrollo del color contribuyó igualmente el conocimiento de otro órgano importante: la piel.

Señores, el progreso de la pintura italiana, que fué, como sabeis, la base más sensual y poderosa del Renacimiento, se ha comparado con acierto á un río de crecimiento sucesivo, gracias á los mil afluentes que suponen tantos ilustres genios como concurrieron á su formación. Desde Cimabüe, que acomete el estudio de la naturaleza para dar verdad y movimiento á sus figuras, el Giotto que les da vida, Masaccio que les da luz y ambiente, Pedro della Francesca que estudia el conocimiento científico de la perspectiva... y así sucesivamente hasta los maestros que ya figuran en el zenit del



renacimiento, todos aportan rasgos especiales, afluencias características al río, cada vez más caudaloso, de la Pintura, y todos contribuyen insensiblemente al desarrollo de lo que mejor había de caracterizar los temperamentos individuales: la coloración y el tratamiento de la piel.

¡Es observación tan curiosa cuanto instructiva advertir cómo este órgano, un día menospreciado por insignificante en la Medicina y en la Pintura, ha ido conquistando una importancia cada vez mayor, hasta llegar al grado que hoy se le reconoce! Comparad el desdén con que se miraba artísticamente la piel en los siglos medievales, con el valor que alcanza en los siglos XVI y XVII, y tendréis expresada la diferencia que hay entre la importancia otorgada á la piel en la medicina antigua y la que se le concede en la actualidad.

Embelesado queda el ánimo cuando se recuerda el estudio que hoy se hace de este órgano, en anatomía y fisiología. Cubierta interplanetaria, por cuanto separa un mundo grande, externo, de otro mundo pequeño, interno; arquetipo de envolturas, que recibe por fuera el beso franco, sensual y violento del sol y del aire, agentes que infunden en el organismo la energía vivificadora de la naturaleza; y recibe por dentro el beso misterioso y delicadísimo de la sangre, que circula en movimiento continuo para regarla con nutrición incesante; es una extratificación de membranas sobrepuestas, en cuyo espesor ha descubierto el micróscopio como una síntesis histológica de las mejores filigranas

de la organización, porque allí los nervios urden los más finos encajes de sus remates para dotar á las papilas de maravillosos aparatos de sensibilidad variada, y allí las fibrillas de los músculos se disocian y diseminan, para realizar tenuísimas contricciones emocionales, y los vasos se multiplican, dividen y subdividen, para que por ellos circulen, desde esas grandes riadas de la sangre que serpean subcutáneas á lo largo de las regiones, hasta las invisibles mallas que, distribuidas á flor del dermis, han de servir para manchar el rostro con los seductores sonrojos del pudor; y es plantel riquísimo y variado de glándulas que destilan ese llanto del trabajo y del esfuerzo que se llama el sudor; y de folículos que pueblan las regiones con las apretadas selvas de las hermosas cabelleras; y es un muestrario donde la organización luce con testimonios expresivos sus temperamentos fisiológicos, y el alma exhibe con los espasmos y sonrojos sus inefables emociones. Y cuando de la anatomía y de la fisiología pasamos á la antropología, la memoria recuerda como ella, mejor que otro órgano alguno, ha diferenciado los hombres según sus razas, según sus topografías, ó comarcas nativas, y según el obligado comercio que mantienen con las influencias variadísimas del Cosmos; y cuando de la antropología pasamos á la Pintura, se advierte cómo la piel es á modo de rica y mágica paleta donde, á profundidades distintas, lleva la arteria su rojo escarlata, y lleva la vena su finísima púrpura, y lleva la grasa

su mancha de oro, y lleva el nervio sus nacaradas fibras, y lleva el cabello los tornasoles de su negro azabache, y lleva la epidermis sus transparencias, y llevan los grandes vasos sus relieves tortuosos, y las masas de músculos las modelaciones del claro-oscuro... y así todos los tejidos llevan su nota, para que de este magnífico conjunto resulte serie variada de términos, con densidades de distintas, que absorben la luz, la descomponen, la transforman, devolviendo ondas infinitas de matices muy delicados, de reflejos y transparencias difícilísimos de interpretar, de copias imposibles de hacer, porque allí se condensan las grandezas de la vida orgánica que encierran las carnes palpitantes, y allí se registran las tiranías de los temperamentos, y los rastrojos y ruinas de la existencia en sus tremendas luchas al través de los años y de los sucesos, creando un problema pictórico, donde la inspiración de cada artista, su agudeza visual y su sentimiento del color, encuentran las maravillas de la entonación que recorre esa gama ilimitada que tiene en un extremo, por ejemplo, la piel áspera, dura, rugosa del famoso San Andrés, de Ribera, piel caliente, curtida y calcinada por el fuego lento de los años, por las inclemencias de una vida de anacoreta, por la injuria de las privaciones, de los dolores, de las penas, de las luchas terribles y pertinaces contra las agresiones del cielo y del suelo, de la pasión y de la materia; piel que parece pintada con pinceles de alambre que araña el lienzo y lo levanta en ronchas para mejor

expresar lo rudo de esta pobre existencia humana, castigada por tan inclementes y numerosas causas de dolor; y tiene en el otro extremo la blancura sonrosada de las creaciones celestes de fray Angélico, con su piel etérea, transparente, esfuminada, onda suavísima de la mancha, verdadero perfume de un color emanado de vestiduras albas y cerúleas, con irisaciones de alas vaporosas, que acarician suavemente la retina, la cual apenas si percibe sobre fondos de luz y de oro una desvanecida impresión destinada á significar, con la menor cantidad posible de materia, el sueño de un alma mística, que busca las irradiaciones acrisoladas de nuestro espíritu, allá, en las mansiones de una gloria intangible y pura; gama extensa, sí, que comprende en su larga serie términos tan grandiosos y distintos como las carnes lácteas de Rubens, manantiales de sensualidad; las carnes hepáticas del Greco, manantiales de adustez y de hipocondria; la pasta transparente de Ticiano... y otras muchas, muchísimas, entre todas las cuales se destaca como la más inspirada, la más real, la más viva, la que mejor entraña esa misteriosa encarnación de la naturaleza, la piel de nuestro incomparable Velázquez, el primero de los pintores del mundo. Y cuando todo esto recuerda la memoria, el discurso se siente abrumado con tantas impresiones y enseñanzas, y parece que surge del fondo del pensamiento la convicción íntima de que de igual modo á como la piel es en anatomía la expresión sintética de la estructura orgánica, y

es en fisiología la expresión sintética de la realización funcional, y es en antropología la expresión sintética de las razas humanas, es asimismo en Bellas Artes la expresión sintética de todos los misterios del color y de la luz, y por esto la base más racional que puede utilizarse para clasificar los múltiples temperamentos del genio.

Si de estas consideraciones acerca de la influencia técnica de elementos biológicos y médicos, pasamos á la influencia puramente expresiva ó de mero asunto pictórico, también encontraremos motivos sobrado interesantes para ocupar nuestro estudio.

La Medicina es la religión del dolor físico, como la religión es la Medicina del dolor moral; y lógico es que, cual esta, aunque no en tanto grado, haya contribuído á proporcionar asuntos pictóricos.

Desde el famoso cuadro de Murillo «Santa Isabel curando á los tiñosos» obra maestra de la edad de oro de la Pintura, que por su composición toca así en lo ideal como en lo real, hasta los modernos cuadros realistas, entre ellos, por ejemplo, el de Andrés Brouillet, que representa á «Charcot dando una lección clínica en la Salpêtrière» y el afamado de nuestro compatriota D. Luis Jiménez Aranda, que representa «Una visita de hospital», entre ambos extremos podríamos recordar muy larga serie de cuadros, cuyo asunto es médico, y exponer acerca de ellos alguna reflexiones; no lo haremos porque esto supondría empresa larga, y tan sólo me contraeré á mencionarlos como origen de po-

derosos motivos que han explotado muchos grandes maestros del renombre de Rafael, Rubens, Andrés del Sarto, el Dominiquino, Giotto, Carracho, y otros, infinitos por su número, las preocupaciones que han motivado las enfermedades nerviosas, convulsivas, principalmente las histéricas en sus ataques demoniacos, y cómo dichos pintores se han adelantado á la Medicina en la fiel copia de estados, que en los modernos tiempos ha dibujado la escuela de la Salpetriere, gracias á los estudios de Charcot y Richer. Pero dejemos esto, ya que hemos de tratarlo extensamente algún otro día, y entremos en el final.

Hemos concluído ya: permitidme tan sólo, para cerrar mi conferencia, primero, que os dé las gracias por vuestra bondadosa atención, y segundo, que os recuerde cuál es la moraleja de mi discurso. Las ciencias abstractas prosperarán con la meditación pura, pero las que se inspiran en la naturaleza, como sucede á nuestras respectivas ramas, sólo pueden progresar con el estudio franco, libre y asídúo de la naturaleza misma. El médico y el artista deben beber de continuo su inspiración en el natural; quien así no lo haga, ni será buen médico, ni será buen artista. Todas las desviaciones de la salud que constituyen la enfermedad radican en el organismo, y fuera insensato que el médico pretendiera crear tipos morbosos, no tomados de la organización y discurridos en las soledades del despacho; de igual modo la naturaleza tiene los más lindos colores, las líneas más delicadas,

las composiciones más grandiosas, y fuera necio pedir á la inspiración abstracta del pintor lo que aquella le brinda con tanta magnificencia. Sin embargo, adviértase bien, que yo no pretendo que el artista copie, adocenada y automáticamente, como pudiera hacerlo una fotografía, no, porque al genio de cada uno, á su iniciativa, á su selección, á su interpretación corresponde un cometido que ha sido ya hasta formulado en cánones y principios por los grandes críticos y maestros. Todo artista al emprender una obra seria ha concebido ya un ideal, y procura su realización tomando de la naturaleza los elementos que mejor puedan servirle para la expresión de su idea; y esto que parece quieren darlo cual pensamiento moderno algunos pensadores, es tan antiguo como el arte, porque el arte no ha tenido, ni tendrá jamás otra fuente de progreso que esta manera de producirse, y de formarse; y en prueba de ello os citaré dos ejemplos.

Con ser Cicerón figura de tan vieja historia, en el libro segundo de su tratado sobre la Invención Retórica, y para demostrar lo necesario que es no ajustarse á un sólo modelo, sino tomar de cada cual lo que mejor se acerque á la belleza pensada, cuenta como suceso ya muy antiguo y muy apropiado ejemplo acerca de la selección, que cuando los naturales de Crotona florecían en riquezas y felicidad entre todos los pueblos de Italia, quisieron magnificar con excelentes pinturas el templo de Juno; y llamaron á Zeuxis Heracleota, por ser

el más famoso pintor de aquellos tiempos, quien además de otras obras que hizo, significó su deseo de pintar el más acabado tipo de la belleza femenina en un simulacro de Elena. Era su especialidad la pintura de mujeres hermosas, en la que á todos aventajaba, pero queriendo todavía excederse á su natural ordinario, preguntó á los crotoniatas cuáles eran las más preciosas doncellas de la ciudad, para que le sirvieran de modelo. Lleváronle á la palestra, donde vió muchos niños y jóvenes de grande hermosura, pues eran muy célebres los naturales de Crotona por su belleza y fuerza en los juegos gímnicos, y entonces que los hubo contemplado, lo dijeron: «Pues las hermanas de ellos serán tus modelos, y ya comprenderás con ésto cuán grande es su hermosura»; y luego, por acuerdo público, apartó Zeuxis cinco vírgenes, cuyos nombres cantaron más tarde poetas como de bellezas escogidas por quien tan grande maestro era en esta sabiduría; quedando el hecho como ejemplo elocuente de que la belleza ideal no se presenta jamás en un solo individuo. Pues convirtamos ahora la atención á las más grandiosas producciones del renacimiento italiano, y del mismo divino genio de Miguel Angel encontraremos dos obras inmortales, de pintura la una, de escultura la otra, que atestiguan cómo hasta lo anormal, lo monstruoso, puede transformarse, por el soplo del genio, en belleza ideal. En los muros y techos de la capilla Sixtina, hay una población de asombrosas figuras, debidas al pincel vigoroso del gran

artista, y allá en la bóveda hay, entre doce profetas, cinco sibilas: Erytrea, la sibila pérsica, la de Cumas, la de Delfos y la de Lybia, colocadas por la admiración pública en la cima del arte; no busquéis por toda Italia mujeres como aquéllas, porque no las encontraréis, ni hombres como los profetas: su majestad, su grandeza, su severidad olímpica, no son humanas; y, sin embargo, ¿quién duda que Miguel Angel tomó del natural sus apuntes para tan soberbias creaciones? Pues desde Roma vayamos á Florencia, y en las tumbas de los Médicis, veremos esculturas que rivalizan, sino superan, á las más excelentes de la antigüedad; la crítica, sin embargo, las encuentra desviadas de la belleza común en el desnudo; pero aquellas mismas exageraciones, aquellos mismos defectos son la realización de un ideal artístico, que aspira á expresar el dolor, la desesperación, el sonrojo de todo un pueblo sometido á la esclavitud; defectos que hacen hablar al mármol en armonía con la inscripción sublime á su pie puesta, digna compañera del más dramático terceto dantesco: «Es dulce dormir, y más ser de piedra, mientras duren la miseria y la vergüenza. Mi felicidad consiste en no ver nada, en no sentir nada. Así, no me despiertes ¡habla bajo!»

De esta suerte debe proceder la Pintura, y hasta debe proceder la Medicina en sus ideales patológicos: tomar de los hechos aquellos rasgos más culminantes y expresivos para constituir sus tipos morbosos. Como habéis visto, la Medicina y la

Pintura tienen muchos puntos de semejanza, y yo consideraré muy premiado mi pobre trabajo si con esta conferencia logro haceros entender cómo todos colaboramos en una misma empresa: la conquista de la naturaleza por el esfuerzo humano. ¡Qué importa que la una se cuide de la belleza y la otra de la salud! ¿Acaso, cuando dirigimos nuestra mirada á un ejército conquistador, no vemos que le forman diferentes clases de combatientes, quienes visten de modo desigual y hasta emplean armas distintas? Y si no, ¿qué hay de común, por ejemplo, entre el ingeniero que tiende un puente, el artillero que derriba murallas á cañonazos, el jinete que da cargas y el sanitario que cura? Nada al parecer, y, sin embargo, una es la obra común, uno el común deseo, uno el dolor de la derrota y una la alegría del triunfo para todos. Pues así es la comunidad de nuestros intereses; y permitidme, por ello que en nombre de la Medicina os diga, á vosotros, los cultivadores de las Bellas Artes, recordando la ya citada sentencia de Platón, aunque aplicándola á nuestros empeños acerca de la criatura humana: puesto que lo bello es el reflejo de lo bueno, vosotros, que sois los sacerdotes de la religión de lo bello, y nosotros, los médicos, que lo somos de lo bueno, somos todos unos: recibid por ello el dulce nombre de compañeros, y el saludo de quien os quiere tanto como os admira.

HE DICHO.









1085430









